

PELICULAS²⁷

Novela Semanal



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 37 :: 25 CTS.

MILLIONAIRES 1926

Adaptación literaria de la película de costumbres
americanas

ENTRE GENTE BIEN

Magistralmente interpretada por el gran actor
GEORGE SIDNEY y la estrella LOUISE FACENDA

Programa Empire Verdaguer

CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER, S. A.

Consejo de Ciento, 292 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA

LA LIBRERIA
TODA LA MUSICA
ESTADOS UNIDOS

LIBRERIA GENERAL BIEN

Para la mayoría de los europeos de mente medianamente exaltada, Nueva York es una ciudad de ensueño, donde las casas llegan poco menos que a rozar con la bóveda celeste y los millones llueven como el maná en tiempos de los israelitas.

Hablando en términos más vulgares, pero no menos significativos, como dice el clásico refrán castellano, se creen que atan a los perros con longaniza y los apedrean con tocino.

Pero como dice muy bien Kropotkin en «La conquista del pan», y manifiestan todos los escritores que tienen alguna valentía para decir las cosas sin eufemismos, los millones no se crean por sí solos ; es necesario amasarlos peseta a peseta, céntimo a céntimo.

Un hombre que ahore dos pesetas diarias, en los veinticinco días de trabajo que cuenta un mes, puede guardar cincuenta pesetas ; en un año, seiscientas. De modo, que un hombre que trabaje sin cesar treinta años, en el supuesto de que durante todo este tiempo no le haya faltado ni un solo día el trabajo ; que no haya tenido que soportar huelgas, paros ni enfermedades, ha podido llegar a guardar con el

producto de su sudor diez y ocho mil pesetas, consecuencia lógica de la cual se desprende que los millones solamente pueden amontonarse en la explotación, en el trabajo no remunerado de miles de seres sometidos a un amo.

Y de esta consecuencia se desprende otra: Que a mayor abundamiento de millonarios, tiene que haber mayor abundancia de explotados. O lo que es lo mismo, que la riqueza y la miseria son tan inseparables como el sol y la sombra.

Por eso, en Nueva York, no son todo barrios de rascacielos. Lejos de estos centros del comercio y de las finanzas, donde los potentadoslanzan los millones como los niños sus bolitas de cristal, a chocar unos con otros, existen muchas casitas bajas, barrios enteros, donde los humildes que luchan denodadamente por la vida, tienen ante los ojos, como un agujón y un consuelo, la llama azul de la esperanza: la esperanza de la fortuna.

Andrés Meyer Rubens, sastre mediocre y hombre ejemplar, era uno de estos hombres de las dos pesetas diarias, que al final de sus treinta años de trabajo, había logrado reunir cerca de las diez y ocho mil pesetas; diez y ocho mil gotas de sudor acumuladas una a una. Otro en sus condiciones, habría reunido muchas más, Porque Andrés Meyer tenía un taller de costura donde trabajaban: su mujer, su hija, y uno o dos operarios, pero el protagonista de nuestra historia tenía para ello el grave inconveniente de una balanza desnivelada: Su corazón pesaba más que su bolsillo, y no había necesitado que llamara a su puerta que se fuera sin un poco de alivio en su nece-

sidad. En una palabra, no solamente no sabía explotar, sino que dejaba que a él lo explotara todo el mundo.

Marta Meyer, esposa, amiga y colaboradora del siervo de la aguja, era casi feliz. Este «casi», que ponía una leve sombra en su dicha, podríamos traducirlo por vagos anhelos de pedirle a la vida lo que la vida le negaba y es para las mujeres lo más halagador: vestidos, joyas, fiestas...

Ester, su hija, tan discreta como bonita, era, según expresión de cierto mozo que rondaba el barrio y conocía muy bien a la familia, a pesar de las muchas buenas obras de Andrés, la más hermosa de cuantas éste hizo en su vida. Con ésto queda dicho que la muchacha no era ni mucho menos un saco de paja, como suele decirse.

Completaba la familia, Luisito, el Benjamín de la casa; tenía catorce años, y tan pocos pelos en la lengua, que por esta sola condición había dispuesto su madre que se encargara al muchacho de ir a cobrar las facturas.

En el momento de conocer a la familia, vemos que Luisito entraba en el taller con unos papeles en la mano.

—¡Cómo! ¿Pero es que no te han pagado las facturas los de Crokan? ¿No les has dicho todo lo que yo te había mandado? — le increpó su madre de mal talante.

—No, papá me dijo luego que les dijese que si hoy no tenían fondos que ya me pagarían otro día...

La señora Meyer se revolvió furiosa contra su esposo:

—¡No se te ocurre más que fiar, fiar a todo

el mundo! ¡Tú, por lo visto, te debes creer que somos millonarios!

—¡Mujer, no te pongas así: son buena gente!...

—¡Estos no te pagarán, como no te pagaron los Roberts, ni los Burton, ni los... que sé yo! ¡Tantos son los que vienen riéndose de nosotros, que ya he perdido la cuenta! ¡Y así llegará un día en que no tendremos ni un pedazo de pan que llevarnos a la boca!

Andrés estaba demasiado acostumbrado a estos chaparrones de su costilla para enfadarse. Se hallaba planchando un pantalón que poco antes le había traído un cliente y planchando continuó, sin levantar la vista de la prenda. Marta, mientras, prosiguió predicando en desierto:

—Todo lo tuyo es de los demás, Andrés... ¡Y eso no puede ser! Tú olvidas que no eres solo, que tienes una familia que depende de ti... Ya ves, mi hermana Sara; tiene bonitos vestidos, pendientes de brillantes... ¡Y hasta auto!... ¡Y yo, en cambio, no tengo nada!...

—¡Vaya! ¿Cómo sería para que al final de una de estas discusiones no saliera tu hermana?... ¡Dichosa envidia, Señor! —murmuró el sastre, sin levantar la vista de la plancha.

Marta, indignada, abandonó el taller y se metió en sus habitaciones, anunciando su salida con un portazo formidable.

Sara Lavin, la hermana a quien Marta acababa de hacer referencia, aun cuando ella no lo dijera, se mostraba muy orgullosa de su holgada situación económica que le permitía alternar con «gente bien». Así como así, su esposo, Mauricio Lavin, no se quitaba un momento la

chistera de su cabeza, andaba metido en los negocios de bolsa y se tuteaba con más de cuatro que apaleaban los millones.

En fin, era la esposa de un personaje importante, de un caballero a quien sus amigos llamaban un hombre de negocios y sus enemigos, un ave de rapiña.

Hay un adagio que dice: «En hablando del rey de Roma, por la puerta asoma». Y así sucedió aquel día con la persona de Mauricio Lavin. En el momento de retirarse Marta, se abrió la puerta del taller y penetró por ella el hombre de negocios, que por cierto llevaba una espina metida dentro del cuerpo, y no encontrando otro más cándido a quien podérsela transferir, pensó en su cuñado.

Había comprado treinta acciones de cien dólares cada una, de una Compañía petrolífera en formación. Las tales acciones, comparadas a cien, valían nominalmente quinientos, pero como los pozos abiertos no daban señales de arrojar líquido, en aquel instante, no hubiera habido en todo Nueva York quien diera un centavo por ellas.

Andrés se quedó mirando a su cuñado, su rico vestido, su talle elegante, y no pudo por menos que lanzar un suspiro al contemplar su esbelta figura.

—¡Si yo fuera elegante, como tú, Mauricio!... Entonces sería también un hombre de negocios y le compraría a Marta cosas bonitas, como tú haces con Sara...

Mauricio vió que se le presentaba la ocasión para proponer el negocio y la así lo hizo por los bellos:

—El éxito no está en la elegancia, sino en

la vista, querido Andrés... Para comprar todas estas cosas, basta con tener un poco de suerte en los negocios, tanto si eres elegante como no. Ahora mismo, sin ir más lejos, tengo ocasión para hacer rico a cualquiera que tenga unas pesetas ahorradas.

Al oír ésto, Andrés abrió los ojos de una manera desmesurada.

—Sí, Andrés, sí; si tú tuvieses una pequeña fortunita te daría unas acciones que representan un porvenir.

—No tengo más que tres mil dólares. Espérate, llamaré a Marta. Esto es cosa que tenemos que decidirlo entre los dos.

Compareció Marta para tomar parte en el consejo y Mauricio prosiguió:

—Estas acciones petroliferas, no son un timo. Si el manantial da el resultado que se espera, los pocos accionistas que contribuyen a los sondeos, con el escaso capital que para ello se ha emitido, se harán millonarios.

Andrés, a pesar de tan halagadoras promesas, no acababa de decidirse. Por su gorda cabezota corría una idea que le tenía perplejo. ¿Y si luego no manara? Otro tanto le sucedía a Marta. Mauricio vió que iba a quedarse con los papeles mojados en el bolsillo y trató de deslumbrarlos.

—Pensadlo bien... Os tiendo una mano para que salgáis de esta vida de pobreza disimulada... para abrir ante vosotros espléndidos horizontes de lujo y de riqueza. ¡Quiero poder mostrarme orgulloso de mi familia! De no ser así puedes estar seguro de que esta soberbia oportunidad la guardaría sólo para mí.

Andrés, ya no vaciló más. Tomó su talonario

de cheques y extendió uno por valor de tres mil dólares que Mauricio hizo desaparecer al instante en su voluminosa cartera de negociante, trocándolo acto seguido por las acciones.

Los buenos y sencillos sastres, contemplaron durante un buen rato aquellos papeles, lle-



nos de lindos dibujos, por debajo de las letras impresas y les pareció que cada una de aquellas extrañas orlas que circundaban los bordes eran otros tantos ríos de petróleo, del «gold black» u oro negro, que había de hacerles dueños de infinitos tesoros.

Pero una vez más se repitió el cuento de la lechera. Días después, los periódicos, traían una noticia que a toda costa se había querido

ocultar, aun cuando en la Bolsa ya se conocía desde hacía tiempo. Héla aquí :

«Después de largas semanas de infructuosos trabajos, la entidad Clio Oil Company, ha decidido abandonar los pozos abiertos por resultar imposible hacer brotar ni la más mínima gota del precioso líquido. Por este motivo, las acciones de la Compañía, han perdido todo su valor.»

No hay para qué decir que la tal noticia cayó en la sastrería de Meyer como una bomba y que Marta, en un arranque de desesperación a los que frecuentemente se abandonaba, hizo pedacitos el diario, como si el tal papel hubiese tenido la culpa de su desgracia.

Andrés cayó en un sillón, sin apartar la vista de la pata de la mesa de cortar, fijos en ella los ojos, con una expresión de supina idiosincrasia.

—Entonces, Andrés... — articuló por fin Marta—, entonces, hemos perdido todo el dinero que teníamos ; ¡todo el sudor de nuestra frente !... ¡El pan de nuestros hijos !

—¡ Todo, Marta..., todo ! — suspiró éste—. ¡ Perdóname, esposa mía, yo lo hice por ti, por darte joyas y vestidos..., para salir una vez de la miseria. ¡ Mauricio me aseguró que sería un éxito !

Así como los negociantes encierran las noticias malas bajo llave y no las dejan salir hasta que la catástrofe las precipita fuera de la caja, a las buenas les dan rienda suelta, y aun les prestan alas para que vayan con mayor rapidez a pregonar por doquier la buena suerte de sus empresas.

La mañana del día a que nos referimos,

Mauricio Lavin había recibido el siguiente telegrama de un amigo suyo, del mismo que le había metido en el asunto de los pozos de la «Clio», y tenía en la empresa parte muy activa.

«Petróleo brota por todas partes cubriendo pozos secos ¡ Maravilloso ! Seis mil barriles diarios. Aprovechate, anticipa noticia y compra cuantas acciones puedas, pues hoy representan una fortuna. Randall.»

En el momento de recibir el telegrama, Mauricio se lanzó a la Bolsa y procuró comprar cuánto encontrara, pero como las acciones habían desaparecido de la cotización días antes, no encontró un solo poseedor. Los banqueros, ante aquella demanda de un papel «muerto» se pusieron en guardia y dos horas después ya se sabía en todo Nueva York que las acciones tiradas el día anterior, representaban en aquellos instantes una fortuna.

A las doce, los chicos de los diarios ya vocaban por la calle el gran «affaire» de los pozos de la Clio Oil Company. Mauricio, al oír los gritos de los vendedores, se daba de bofetadas a sí mismo.

—¡ Soy un imbécil ! ¡ He vendido todas las acciones a mi cuñado por una porquería, creyéndolas sin valor !... ¡ Quién sabe !... Si ando de prisa, todavía puedo recuperarlas antes que los diarios lleguen a su barrio.

Y dicho y hecho, tomó un auto, se lanzó a toda velocidad.

El recibimiento que le hizo Marta no es para descrito :

—¡ Eres un sinvergüenza ! ¡ Tú con tus manías de zorro viejo te has apropiado de todo

nuestro dinero ! ¿Te crees que no sé que no podías desprenderte de esos papeles mojados y nos buscaste a nosotros como incautos? ¿Y aún te atreves encima a reírte de nosotros? — añadió furiosa, haciendo ademán de pegar, al ver que su cuñado se sonreía ante tan tremendas acusaciones.

—Me río porque no tienes ninguna razón para ofenderme de esta manera... Yo ya os advertí que ponías el dinero a una carta...

—¡Lo que hiciste fué poner a salvo tu dinero, valiéndote de que nosotros no entendemos una palabra de negocios, grandísimo canalla !

—¡Basta, Marta!... Para demostraros que obré de buena fe, estoy dispuesto a devolveros ahora mismo el dinero a cambio de las acciones. ¡No quiero que nadie me eche en cara que no he jugado limpio; y menos mi familia !

Marta se dió media vuelta para ir a buscar las acciones y Mauricio, para que luego no le afearan otra vez su proceder, antes de que saliera, la tomó por el brazo.

—Conste que mi voluntad no es para hacer ésto—, le dijo mientras sacaba su talonario de cheques—, que sois vosotros los que me obligáis. Podría ser que cualquier día valieran las acciones una fortuna y entonces dirías que me había vuelto a aprovechar.

En aquel momento, con gran contrariedad de Mauricio se produjo en la tienda un incidente que venía a robarle los minutos que le estaban haciendo tanta falta, y posiblemente a estropearle el negocio.

Había entrado un hombre como un castillo, un verdadero atleta, que tenía un traje encargado. Oculto tras un biombo se puso el nuevo,

lanzó el viejo prenda por prenda, conforme se iba poniendo el otro, y al ir el buen Andrés a cobrarle la factura, recibió un empellón que dió en tierra con su grasosa humanidad.

Total, que el parroquiano en cuestión, en lugar de pagar, pegaba.

Encoraginada como estaba Marta por el disgusto que acababa de tener con su cuñado, lo mismo fué ver aquéllo, que subirse las mangas ; y le dió tal azotaina al atleta que éste se metió acurrucado en un rincón y sacó la cartera más que de prisa.

Toda su cara era una verdadera criba de arañazos. ¡Menuda era Marta cuando se le subía la sangre a la cabeza !

—¡Toma, calzonazos, que no sirves para nada !—gritó entregándole los billetes a su marido—. Y ahora vamos a ver lo que dice el sín- vergüenza de nuestro cuñado, que está en la trastienda.

Cuando entraron, Mauricio ya tenía el cheque extendido a nombre de Andrés.

—¡Ca, no señor ! ¡Este cheque debe extenderse a mi nombre ! De hoy en adelante todo el dinero estará a nombre mío... ¡Tú eres un pésimo administrador ! — dijo Marta.

Cada minuto que pasaba era para el bolsista un siglo. Ya iba Marta a guardarse el nuevo cheque y trocarlo por las acciones, cuando Luisillo entró en la trastienda como una bala, llevando un periódico en su diestra y gritando :

—¡Somos ricos, papá !... ¡Somos ricos !

Mauricio se tuvo que agarrar a la mesa para no caer. Nunca sabrían los Meyer lo que debían a aquel gigantón que quiso marcharse sin

pagar. El periódico en cuestión, daba amplios detalles de todo lo sucedido en los pozos de la Clio Oil Company, y toda la familia se puso a danzar de manera endiablada, locos de alegría.

— ¡Ahora sí que tendrás vestidos y joyas, Marta..., y hasta podrás aprender a bailar el «black-bottom»! — pudo articular por fin el buen sastre.

— ¡Ahora, ya que sois ricos..., ya que tenéis una fortuna, gracias a mí, espero que al menos me permitiréis que os enseñe como debéis gastar vuestro dinero — dijo el bolsista con despecho.

— ¿Qué dices tú de gastar? — interrumpió Marta.

— Digo, que si queréis, os introduciré en la buena sociedad.

Un palmoteo general acogió la proposición de Mauricio y desde aquel instante olvidóse todo rencor.

Tres meses después de los hechos que llevamos referidos, con el producto de los primeros dividendos, la familia Meyer alquilaba un lindo palacete al final de la Quinta Avenida. Precedidos de Andrés y Sara la modesta familia entró en el piso recién amueblado con más risueza que buen gusto.

Transcurrió una hora y Ester se presentó muy alborozada ante su madre:

— Mamá, en el vestíbulo están esperando los criados. Acaban de llegar y un señor muy estirado, al parecer el mayordomo, me dice que esperan órdenes.

Marta Meyer, con esa intuición propia de las mujeres para vivir a lo grande, fué al vestíbulo y pasó revista a la servidumbre, con to-

da la gravedad de una gran duquesa acostumbrada a tales menesteres.

Andrés, en cambio, no hizo más que tontearías. Comenzó por quererles dar la mano, a lo que correspondieron ellos con una grave in-



clinación, y se permitió ciertas familiaridades que los dejaron a todos boquiabiertos.

— ¿Sabe alguno de ustedes jugar al tute? — preguntó.

El mozo de comedor se adelantó un paso, e hizo una ceremoniosa reverencia.

— ¡Chócala, barbián! Al menos, tú, me distraerás en esta casa tan grande — y luego se volvió a dar la noticia a su señora, con gran alborozo.

—¡Marta, este joven sabe jugar al tute!

—¡Me estás poniendo en ridículo y nos estás poniendo a todos! — murmuró ella a su oído—. ¡Parece mentira que con los años que tienes no sepas ponerte a la altura de las circunstancias.

—¡Qué circunstancias ni qué ocho cuartos! ¿Acaso hay algo de censurable en tratar con amabilidad a los criados? ¿No son personas como nosotros?

Y con estos incidentes y otros no menos chuscos, comenzó la vida de los sastres en el palacio, si es que vida podían llamar, a regirse por la tarjeta que les habían dado sus padres, los esposos Lavin y a la que debían atenerse estrictamente, sin pasar por alto ni una de las instrucciones en ella indicadas. Juzgue el lector:

Por la mañana: de 9 a 9'30, mesa etiqueta. De 9'30 a 10'30, lecciones de baile. De 10'30 a 11'30, ejercicios gimnásticos, o por mejor decir cabalgar sobre el potro del tormento. Porque para el pobre Andrés, cuya barriga hacía años no se había visto en semejantes trotos, aquello de la gimnasia era lo peor que podían haberle recetado.

Al demonio se le ocurría hacerle sudar de aquella manera para no ganar nada! ¿No hubiera sido mejor hacerle ir a descargar sacos al puerto, y así por lo menos le habría ayudado a cualquiera de aquellos desgraciados, malcomidos, que no tenían fuerzas para transportar los pesos que les cargaban? ¡Ganas de gastar la fuerza en balde!...

Pero lo más empalagoso de la jornada estaba de 11'30 a 12. ¡Las lecciones de urbaniza-

dad! «A los pies de usted, señora»... «Nuestra casa está a su disposición». Y luego aquellas reverencias hasta troncharse el espinazo, besos en las puntitas de los dedos...

Cuánto más sencillo y más llano no era lo que hacía él: «¡Hola! ¿Qué tal, como va la vida?», sazonado con un apretón de manos bien fuerte, como para pulverizar las falanges del amigo, o con un abrazo capaz de hundirle una costilla.

¡Pero, en fin, lo quería así su mujer, y no había más remedio que someterse! No obstante, en el pecado llevaba la penitencia... ¡Que también a ella le costaba lo suyo!

El programa de la tarde era menos engorroso, pero no menos movidito. De 2 a 3, paseo a caballo. De 3 a 4, golf, y de 4 a 5, té y vuelta a los dichosos ensayos de etiqueta!

No estará demás decir, que, de momento, todas estas cosas las hacía el matrimonio Meyer sin salir de su casa. Para aprender a montar a caballo, por ejemplo, tenía en su gimnasio una silla sobre una especie de potro, movida por electricidad y que reproducía fielmente todos los movimientos de un equino, desde el trote corto hasta el galope tendido.

Por fin llegó el día en que pudieron salir a mostrar en público sus aptitudes deportivas, y bajo la dirección del matrimonio Lavin, comenzaron a iniciarse en los misterios del «golf». Al principio todo marchó muy bien, o por mejor decir, marchó muy mal, ya que para darle una vez a la bola, tenían que lanzarle no menos de diez envites, especialmente Andrés, y salvo alguna que otra trampilla que le per-

donaban en aras de su aspecto bonachón, no ocurrió el menor incidente.

Pero a eso de la mitad del partido, quiso la mala sombra del sastre que la pelota fuera a parar debajo de unos árboles, en uno de los cuales había un avispero como seis veces su cabeza (que ya es decir bastante), y que al ir a dar a la bola con todas sus fuerzas, clavara la raqueta por medio del enorme racimo que formaba el enjambre.

Miles de enfurecidos himenópteros salieron de aquella bolsa y se agarraron a las ropas de Andrés y su costilla, que por cierto estaba a su lado, lo mismo que si hubiesen estado pegados con goma. El sastre y su esposa sajeron campo adelante, como alma que lleva el diablo, cuajados de avispas y perseguidos por muchos millares más que hacían presa en los jugadores que encontraban a su paso.

En menos que cuesta el decirlo, el campo de «golf» pareció una reunión de atacados de locura. Los insectos se metían por entre las camisas de «sport» o por debajo de las livianas faldas, y cada cual tiraba sus prendas de la mejor manera que podía. ¡Fué algo épico, sensacional; algo nunca visto en el famoso campo de la «higliffe» de Nueva York! Por fin quiso Dios que Andrés llegara hasta un lindo estanqueemplazado delante de la puerta principal del club; ante el café-terraza, lleno de gente a aquella hora, y sumergió hasta la cabeza, ejemplo que no tardó en ser secundado por la mayoría de los jugadores.

Después de aquel accidente, que retuvo al matrimonio algunos días en casa, hasta tanto no desapareció la inflamación de los pinchazos,

llegó el día en que pudieron probar sus aptitudes de jinetes en pleno campo. Andrés se subió a la pared del jardín y ayudado por un criado se descolgó hasta el caballo. Acto seguido se puso al frente de la comitiva. ¡No cabalgó con más orgullo Hindenburg, al volver de su gran batalla en los lagos Masurianos!

Ya en las afueras de la ciudad, una ráfaga de aire le tiró el sombrero. Quiso cogerlo con la fusta, y ¡maldita sea!, también la fusta se le fué al suelo. No tuvo más remedio que aparearse, o por mejor decir dejarse caer, ya que sus cortas piernas no le permitían hacer otra cosa. No lejos de allí, había un terraplén; se subió a él y se dejó caer encima de su cabalgadura, con tal mala fortuna, que al montar, se le pegaron unas plantas espinosas en las piernas y el caballo, al sentirse lastimado, comenzó un galope desenfrenado.

Cuanto más corría el pobre bruto, más apretaba sus piernas Andrés, y tan pronto estaba colgado del cuello como se resbalaba por las ancas! ¡Pero, soltarse, de ninguna manera! ¡Se agarraba a la silla como si sus dedos fueran ganchos de hierro! Al fin, ¡Todo tiene un término en este mundo!, se soltó cuando el animal cayó rendido, jadeante, muerto de fatiga.

El caballo tuvo que ser sometido a los cuidados de un veterinario, y Andrés se vió en el caso de confiar a un médico sus posaderas, en las que no quedaba con piel ni un centímetro cuadrado.

Días más tarde, un día célebre que debía anotarse con letras de oro en los fastos de la historia de la señora Meyer, dió ésta en su pa-

lacio la primera reunión de sociedad, y consiguió hacer concurrir a la misma a la señora de Van Cleve, algo así como la crema de la buena sociedad neoyorquina. ¡Si dijéramos que Marta reventaba de gozo, no diríamos más que la verdad!

Y si dijésemos que Andrés metió la pata cuantas veces abrió la boca, también diríamos lo más cierto que puede ser contado. El antiguo sastre, con el pretexto de saludar a sus invitados, no hacía más que tocar y retocar el paño de sus trajes, prorrumpiendo en exclamaciones que su esposa se encargaba de cortar con una mirada más aguda y punzante que la punta de un estilete. ¡Aquel Andrés era increíble! ¡No podía dejar de mencionar los tiempos en que él era sastre y recordar que, jamás, ni por equivocación, llevaron a su taller telas semejantes!

Durante la comida fué el hazmerreir de todos. De buenas a primeras, eso sí, sin ser visto por nadie, se quitó los zapatos de charol, que le apretaban como si hubiesen sido de hierro. ¡A buena hora iba él a aguantar semejante suplicio siendo así que no lo veía nadie!

Al llegar el helado, vió con el disgusto consiguiente que estaba duro cual una piedra, y en modo alguno podía meter la cuchara en la copa. ¡Por vida de...! ¿No sería mejor bebérselo? Y dicho y hecho, aplicó sus bigotes a la copa. Pero encima del helado había una maldita guinda en confitura que le dió por pegarse a la punta de su nariz y quedarse allí, sin duda porque se encontraba muy a gusto.

Una carcajada general, que no pudieron reprimir coreó la ocurrencia del nuevo rico, y la

señora Van Cleve, con una dignidad de diosa ofendida, apesadumbrada en el fondo del alma por haber aceptado el convite de gentes que tan pocas nociones tenían de la etiqueta, se levantó exclamando:

—¡Señoras y señores: creo que podemos dar por terminada la comida!

Y así diciendo, se fué del comedor sin darse cuenta de que en la cola de su vestido, arrastraba los zapatos del dueño de la casa, que al despojarse de ellos, tuvo la desdicha de depositarlos sobre lo que sobraba de las faldas de la distinguida dama, colocada a su derecha, en el puesto de honor.

No nos extendemos en más comentarios sobre el fin de la fiesta. Esta terminó de la manera que el lector puede suponer, con una desbandada general, rápida, y unos comentarios como para que los señores de la casa decidieran no mostrarse jamás en público.

A la mañana siguiente, una barrera de hielo, una muralla de odio y rencor, separaba a los dos esposos. La riqueza se complacía en desatar los lazos que tan sólidamente había atado la pobreza.

Marta hablaba con su cuñado, lamentándose amargamente:

—¡Andrés es insopportable! ¡Lo de ayer es el colmo! ¡No se lo perdonaré nunca!

Mauricio sabía que toda la fortuna estaba a nombre de Marta y juzgó, que si en aquella ocasión sabía portarse como era debido, sacaría mucho partido de las circunstancias. En lugar de limar asperezas, echó leña al fuego. Lo menos que podía suceder, era que se quedara

de administrador de sus bienes, y ésto era ni más ni menos lo que buscaba.

—Opino lo mismo que tú, Marta... Yo, en tú lugar, me separaría de él.

—Por Dios... tanto cómo separarnos!

—Ten en cuenta que es un caso incorregible... Si ayer te pusó en ridículo, te pondrá más cada día que pase...

—No, separarnos no, Mauricio. ¡Después de veinticinco años de matrimonio! ¿Qué diría la gente?

—¡Bah! ¡Cómo se conoce que has vivido hasta ahora apartada de nuestro mundo!... ¡Has de saber que los divorcios son hoy lo más «chic» que se conoce.

La llegada de Andrés cortó la conversación.

—¿Qué tienes, Marta, estás enfadada contigo? — dijo tratando de hacerle una caricia que ella rechazó indignada.

—¡Tú y yo no podemos seguir viviendo juntos, Andrés!

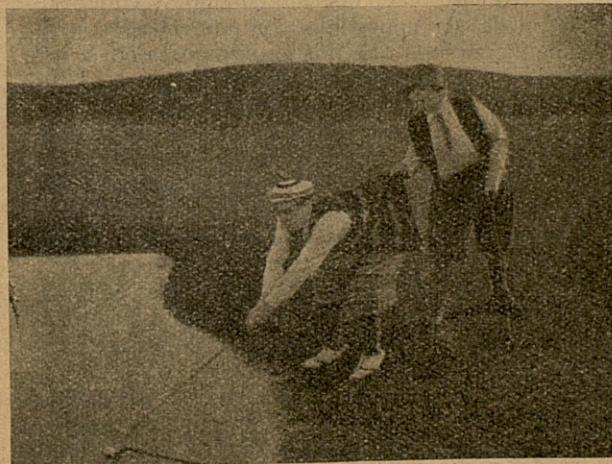
—¡Marta, eso que dices es una locura!... Estás bajo el influjo de tu mal humor, y concibo que en esta situación no se te ocurran más que tonterías...

—¡No son tonterías, Andrés. Es una realidad de la que me he convencido después de muchas horas de reflexión! — pronunció ella con voz cada vez más apagada.

—En la voz te conozco que no sientes lo que acabas de decir... ¡No, no lo sientes! ¿No has sido siempre feliz a mi lado?... ¿No te he dado todo el cariño de mi corazón y todo el trabajo de mis manos?

—Cuando la luz del cariño se extingue, Andrés — terció su desalmado cuñado —, es in-

útil tratar de reanimarla... Compréndelo; una separación es lo obligado. Marta ya no puede ser dichosa contigo..., tiene otros horizontes; otras aspiraciones... Como amigo, como hermano, te lo aconsejo... Házla dichosa a ella



por medio de una separación, ya que tú no puedes serlo.

De cómo se las arregló Mauricio para convencer a sus cuñados de que forzosamente debían separarse, si querían vivir tranquilos y felices, tendremos idea con solo escuchar esta conversación que a la noche siguiente tenía lugar en una de las elegantes habitaciones del Hotel Clariadge, a donde había llevado a An-

drés con el propósito de comprometerlo, y poder así, libre de obstáculos, administrar la fortuna de su cuñada.

—Estos caminos tortuosos, me repugnan, Mauricio... ¿No hay otro procedimiento para conseguir el divorcio?

—No hay otro, querido cuñado, y como sólo puede ser concedido por infidelidad conyugal, fuerza será que nos atengamos a él, si hemos de lograr lo que tú deseas.

—¡Hombre!..., tanto como desear, yo...

—No te vengas ahora con tonterías. Esta misma tarde me lo has dicho bien claro, y esta mañana, y ayer... Además, ya verás, el específico es de primísimo cartelo. ¡«Boeato di cardinalio»! Y puesto que estás ya completamente tranquilo, voy a llamar a Carlota.

Mauricio se fué al teléfono, e hizo subir a una lindísima muchacha que desde hacia más de media hora estaba esperando en un bar cercano.

—Todo está arreglado..., es la habitación número 66. Encontrarás la puerta entornada.

A continuación volvió al cuarto de su cuñado y le habló así :

—Dentro de unos minutos estarás seriamente comprometido y habrás hecho la felicidad de tu esposa. Adiós, querido mártir. Nunca sabrá Marta la magnitud del sacrificio que por ella realizas.

—¡Mauricio!... ¡Mauricio, yo quiero ir a casa! — gritó el pobre sastre, muerto de miedo, al ver que su cuñado lo dejaba solo en tan apurado trance.

Aun no había terminado de gritar cuando

se oyó una voz argentina y deliciosa que le decía :

—¡Buenas noches, mi querido galán! — al mismo tiempo que le echaba al cuello sus brazos torneados a cincel y le besaba sus mantecosas mejillas.

La interfecta, como habrá podido comprender el caro lector, era la linda Carlota. ¡Con razón había dicho Mauricio que el específico era de primera! La niña era de las que no tienen un pero encima de la ropa... ni debajo. Y decimos ésto último, porque se acostó en la cama y comenzó a quitarse las ligeras prendas que envolvían su divino cuerpo con la misma tranquilidad que si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que desnudarse delante de extraños.

Andrés, al contemplar aquella escultura, no sabía si arrodillarse y adorarla, o gritar pidiendo socorro. En la duda, optó por no hacer nada.

En cambio, su cuñado, corría a toda velocidad en el auto, en busca de Marta.

El bolsista no había contado con la huéspeda, que viniera a estroppearle sus planes, y en aquel caso, la huéspeda era su propia esposa, que por conversaciones que había oído entre Andrés y su marido, se había enterado de casi todo lo que en aquellos instantes se estaba tramando y corrió a evitarlo.

Al llegar ante la puerta del cuarto número 66 golpeó reciamente :

—Abre..., Andrés; soy yo, Sara.

—¡Dios mío! — exclamó el buen hombre cayendo de rodillas—. ¿Por qué no me caerá un ladrillo en la cabeza?

—¡ Pronto, joven..., váyase ! ¡ Métase aunque sea debajo de la cama ! ¡ Escóndase ahí ! ¡ Salga por aquella otra puerta ! ¡ Todo menos que la encuentren aquí conmigo !...

—¡ Ca, vejete : a mí me han pagado para que me encuentren aquí contigo y no me muevo aunque me arrastren ! — exclamó la linda Venus de alquiler.

Como Sara viera que tardaban en abrirle más de lo que ella deseaba, dió media vuelta al picaporte y se abrió la puerta completamente, con gran sorpresa suya, que nunca imaginara tomase su cuñado tan pocas precauciones.

—¿Qué significa ésto, Andrés?... ¡ Tú engañando a mi hermana ! ¿ Te has vuelto loco ?

—No, Sara..., estoy comprometiéndome para que Marta sea dichosa — repuso con la mayor tranquilidad y buena fe,

—¡ Pobre Andrés !... ¿ Quién te he metido semejantes disparates en la cabeza ?

—Ha sido tu marido..., pero, no por hacerme daño, sino por ayudarme. ¿ Sabes?...

—¡ El canalla ! Ya sospechaba yo que era él la causa de vuestra verdadera separación, y por eso lo he seguido hasta aquí.

—Me dijo que Marta necesitaba vivir lejos de mí..., que tenía otras aspiraciones... Yo cometí la tontería de creerlo y ya no hay arreglo posible, Sara.

—¿Qué no tiene arreglo?

—No ; esta mujer no se va de aquí mientras no llegue Marta. Me lo acaba de decir.

—¡ Usted se va de aquí ahora mismo o la dejo sin pelo, mala pécora ! — gritó Sara

avanzando con las diez uñas desplegadas en plan de batalla.

Y la hermosa doncella, al ver aquellos diez garfios bien afilados que amenazaban de mala manera su físico, ¡ lo único que ella estimaba !, puso pies en polvorosa con la vertiginosidad de una moto.

Esto sucedía en el preciso instante en que Mauricio llegaba al palacio de Marta.

—Sabía que estarías sola y triste — le dijo al entrar —, y he venido a buscarte para dar un paseo.

Estoy triste porque me falta mi Andrés, porque comprendo que sin él no puedo vivir... He cambiado de pensamiento, Mauricio, y ya no quiero separarme de él. Si supiera donde está iría a buscarlo ahora mismo.

—Quizá en estos instantes no sufres tanto como tú supones... Arréglate en seguida que te llevaré a su hotel.

Aunque no se lo hubieran dicho, Marta habría corrido igualmente ; la verdad era que jamás, desde que salieron de su tiendecita, se había vestido con tal premura.

Poco después, cuando llegaron al hotel, Mauricio ya no vió los prismas color de rosa que antes cruzaban por su mente. En realidad, vió todos los colores del iris reunidos.

—¡ Tú, tú aquí en «deshabillé» con éste, infame ! — dio a su esposa.

—¿ Y qué más da yo que otra cualquiera ? — replicó a su vez Sara.

—¡ Mala hermana !..., ¡ traidora ! ¿ Qué has hecho de mi marido ? — gritaba a su vez la imponente Marta que por momentos sentía subir a su cabeza uno de aquellos accesos de ra-

bía que la convertían en una verdadera furia.

Sara conocía de sobras lo que le iba a suceder si se esperaba un segundo más y de un salto, franqueó la distancia que la separaba de la puerta. Al desaparecer su hermana, Marta la emprendió con su cuñado.

—¿Y para eso, para contemplar tu deshonor y el mío es para lo que me has traído aquí? ¡Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy!...

El cuadro que acababa de ver había sido demasiado violento y Marta sintió que se calmaba su furor para dar paso a una congoja desgarradora. Aquella vez, el corazón pudo más que los instintos de la fiera y sin tomar la justa venganza que antes se había propuesto, abandonó la habitación en la cual acababa de ver cosas que jamás pudo imaginar.

Al llegar al piso bajo del hotel, donde estaba el salón de lectura, pidió recado de escribir y mandó a su esposo la siguiente carta:

«Venía a buscarte para olvidarlo todo en tus brazos, pero después de lo que he visto en la habitación que acabo de abandonar, nada de común puede haber entre nosotros. Marta.»

Y el pobre millonario, después de leída la misiva, fué a buscar consuelo para su bancarrota sentimental en su querida sastrería, entre sus humiides amigos.

—¡Usted aquí, patrón!... ¡Dichosos los ojos! — exclamó gozoso el oficial que había quedado al frente del negocio, del cual, por un rasgo de sentimentalismo, no se había querido desprender Andrés.

En buen sastre correspondió efusivo al abrazo de su fiel dependiente, y acto seguido, le

contó toda su odisea de millonario, que en parte ya conocen nuestros lectores.

En cuanto a Mauricio, había dado una vuelta en el auto, con su cuñada y al dejarla en su casa, un poco más tranquila, murmuró:

—Ahora que no hay temor de que tu marido



vuelva a ponerte en ridículo, yo haré de ti una verdadera mujer de sociedad.

Pocos días después, recibió Marta la visita de su hermana.

—¿Aún te atreves a ponerte en mi presencia? — gritó Marta ofendida.

—Me atrevo y me atreveré toda la vida. ¡Calla y siéntate, que tengo algo muy impor-

tante que decirte ! Es Mauricio el causante de todos tus disgustos..., el que destruyó la felicidad de tu hogar.

—¡Y tú? ¿Quién es la que me robó a mi esposo más que tú, que debería estrangularme?

—¡Pobre Marta ! Yo fui a aquella habitación para hablar con Andrés, y lo encontré con una mercenaria que Mauricio le había proporcionado, para comprometerlo gravemente... Y si representé la comedia de estar medio desnuda, fué para que mi esposo se muriera de vergüenza y poderme separar de él. Sí, Marta, sí ; no quiero vivir ni un día más con ese malvado. Me iré con vosotros hasta el fin de mis días.

—¡En cuánto a Andrés — prosiguió — te juro por nuestra santa madre que es completamente inocente.

Aquella tarde compareció Mauricio como de costumbre.

—Me he enterado por Sara de todo lo que obligaste a hacer a mi esposo — le espetó Marta a las primeras de cambio.

—Verás, Marta, yo te explicaré... — repuso el otro confuso.

—No tienes que explicarme nada..., soy yo quien voy a darte una serie de explicaciones y otra de bofetadas.

Y uniendo la acción a la palabra, le dió una serie de cachetes que lo dejaron más suave que una piel recién curtida.

—¡Y ahora, adiós !... ¡Te acordarás de mí mucho después de que yo te haya olvidado !— exclamó la furiosa Marta encaminándose a la sastrería de su esposo.

¡Cómo que si no había ido antes se debía a

que quería primeramente darle al infame de su cuñado la felpa que se merecía ! ¡Y vaya si se la dió !

Poco después se paraba ante la sastrería un auto soberbio y descendía de él la imponente humanidad de Marta, con sus dos hijos.

—¡Perdóname, Andrés, perdóname..., por nuestro cariño de antes, que me ha vuelto a traer..., te lo pido — le dijo echándole los brazos al cuello—. He sido una loca, pero ahora veo claro y sé que sólo contigo es la vida agradable para mí... No quiero riquezas, no quiero galas ni fiestas..., con tu cariño tendré bastante.

Andrés correspondió entre asombrado y lloroso a las afectuosas demostraciones de su esposa, y sin más, quedó firmada la paz entre aquéllos a quienes por poco estuvo a pique de hacer desdichados su deseo de parecer «gente bien».

Y aquella noche, cuando volvieron a meterse en aquel pobre lecho en el que tanto habían soñado, les pareció que todo lo ocurrido había sido una fugaz pesadilla, que nunca más volvería a repetirse.

*No deje de comprar se-
manalmente*

PELÍCULAS

*la única novela cinemató-
gráfica que publica los ar-
gumentos de los films más
importantes y de más pal-
pitante actualidad*

